

otra, abrirla y cerrarla con facilidad, tenia un gozne tan primoroso, tan bonito y tan disimulado todo con el suelo, que no se conocia, como no se mirara con mucho cuidado: era tanto, que para enseñarle á otros, y seguros de que estaba en el espacio de una vara de terreno, le hallábamos con mucha dificultad. Preguntamos al hortelano qué clase de animalito era aquel, y nos dijo que seria un musgaño: yo lo dudo, porque los musgaños son mucho mayores y aun de otra especie: llámese como se quiera, lo cierto es que lo estábamos viendo, y aun lo dudábamos, particularmente lo del gozne para manejar con facilidad la puertecita.

Rector. Mas bien seria especie de tarántula. Pero oiga vd. ahora otra cosa no menos maravillosa, aunque por distinto estilo. Viniendo de Puebla á México, y pasando por un pueblo que llaman San Martín, vi el nido que, con admiracion de todos, habia hecho la cigüeña en la punta de la cruz de la torre, donde no habia travesaño alguno sobre que empezarle y sujetarle. ¡Qué hombre hubiera podido formarle sin punto de apoyo y darle la subsistencia necesaria para resistir allí á la violencia de los vientos, sin valerse de instrumentos, cuerda, ni atadura alguna?

Luisa. No parece sino que todo lo hacen con grandísimo entendimiento.

Rector. Y así es en la realidad.

Luisa. Pero ellos no le tienen de modo alguno.

Rector. No le tienen ellos, pero obran con él: es decir, obran de ese modo, y hacen cosas tan maravillosas, dirigidos por un entendimiento no propio y reflexivo, sino superior, y por decirlo así, prestado por una suprema inteligencia que les asiste en todas esas obras y les dirige en tales perfecciones. De esto es prueba evidéntísima el que jamas adelantan ni atrasan en sus obras; todos los de una especie obran del mismo modo, y esto aunque estén en distintos países y aun cuando no lo hayan aprendido ó visto practicar á alguno de sus semejantes.

Luisa. ¡Y qué me dice vd. de sus habilidades tan propias para conservarse, mantenerse y defenderse de sus enemigos? ¡Qué nidos forman á este fin las avecitas! ¡qué estructura tan acomodada para todo ello, á mas de lo graciosa y hermosa la de sus cuerpos!

Rector. Seria necesario haber perdido la razon, dice un célebre naturalista, para no conocer los vestigios de la sabiduría y de la providencia

de Dios en la estructura de todas ellas. Su cuerpo está dispuesto en todas sus partes con tal arte y armonía, que se halla perfectamente conforme á su modo de vivir y á sus diferentes necesidades. La cigüeña y la garza, que principalmente deben buscar su alimento en las lagunas, tienen un pico muy largo y son muy altas para que puedan correr en el agua sin mojarse y coger su presa desde bastante lejos. El buitre y el águila, que no viven sino de rapiña, tienen alas muy grandes, fuertes sierras y picos trinchantes, que les son necesarios para no morir de hambre. El pico de las golondrinitas es delgado y puntiagudo, su boca es ancha y hendida hasta los ojos, para que puedan coger los insectos que encuentran al vuelo y para que puedan tragárselos mas fácilmente. El cisne tiene en lo interior un reservatorio particular de donde saca bastante aire para respirar cuando tiene la cabeza y el cuello sumergidos en el agua buscando en ella su alimento. Las aves pequeñas que vuelan y saltan entre retamas ó zarzas muy frondosas, tienen una película en los ojos para defender la vista. En una palabra, la estructura de todos los animales está admirablemente dispuesta y apropiada á su modo de vivir y á sus diversas necesidades; cada especie es perfecta

en su género, y no tienen ni un solo miembro superfluo, disforme ó inútil. La suprema sabiduría que en esto se advierte, parecerá aun mas maravillosa si se considera que todas las partes de su cuerpo, al mismo tiempo que son propias para sus necesidades, concurren tambien á adornarlas y darles la forma tan hermosa como se ha dicho.

Justa. Dice mi madre que cuando van volando los pajaritos van diciendo que hay Dios.

Padrecito. Lo dicen y publican los pajaritos y todas las criaturas, desde el reyezuelo hasta el avestruz, desde la perdiz hasta el buitre, y desde la hormiga hasta el elefante.

Luisa. Y si no puede menos de confesarse la existencia y providencia del supremo Hacedor considerada la estructura de las demas criaturas, ¿qué deberemos decir si examinamos la admirable y asombrosa del hombre?

Padrecito. Está bien respondido por los diestros anatómicos: *que debería quemarse vivo á todo el que dudara en lo mas mínimo de la existencia de Dios, considerada la estructura del cuerpo humano.*

Directora. Es preciso estar ciegos, ó ponerse una venda en los ojos, para no ver en todas las criaturas al mismo Criador.

Padrecito. ¿Qué parece á Pepita de todas es-

tas cosas? Si no hubiera Dios, ¿podieran ser así, y hacer tantas cosas como hemos dicho que hacen los animalitos?

Pepita. No señor, no señor, de modo ninguno.

Directora. ¿Ni por casualidad?

Pepita. ¡Qué cosas tan tontas tienen, señorita! Si por casualidad se los lleva el enemiguillo, entonces sí que es una casualidad bien mala.

Directora. Hija mía, si siguen con tantos despropósitos, no por casualidad, sino con toda certeza sucederá lo que vd. acaba de decir: no lo permita Dios.

Pepita. ¡Qué lástima! Entonces sí que se acabaron para siempre las casualidades. ¡Y qué alojamiento tan largo llevan! ¿Sabe vd. en lo que consiste? En que los que son muy malos quisieran que no hubiera Dios, y por eso sienten tanto que le haya y les ajuste las cuentas.

Maestra. Dices bien, hija mía, todo es efecto de la fogosidad de las pasiones. De distinto modo se discurre cuando calman estas con la edad y llegan á percibirse los objetos en su propio color, y sin aquel de que se revisten cuando los miramos por el anteojo de aquellas. Lejos entonces de parecer odiosa nuestra santa religion, en ella únicamente encuentran todas sus delicias, y lloran

por fin sus estravíos, si es que no llegaron á lo último de la incredulidad.

Padrecito. Casi en los mismos términos se explica San Agustín, cuando, hablando de la mala conducta de los mundanos, y descubriendo la raiz de que todo procede, nos dice el Santo: “Ved aquí el retrato de la mayor parte de los disolutos en llegando á una edad avanzada. Como la religion no parece odiosa al incrédulo sino mientras es esclavo de las pasiones, siempre vuelve á ella á pesar suyo. Mientras dura la juventud, la concupiscencia fogosa sofoca la voz de la razon: entonces es cuando se dice que la religion no es otra cosa que una invencion de la política humana para contener al pueblo crédulo y sujetarle á las leyes; y lo que es mas, aun se llega á pronunciar algunas veces que no habrá Dios, y se vive como se habla; pero cuando la edad llega á calmar el tumulto de las pasiones, comienza la razon insensiblemente á dominar; semejante á uno que sale de un profundo sueño, abre el hombre los ojos y reconoce tantos testigos de la existencia de Dios, como son los objetos que se le representan.” No pensar así, todo es efecto de la pasion que les ciega.

Maestra. Así es en la realidad; viéndose lle-

nos de pasiones, y agitados en un principio de remordimientos, que no son otra cosa que las voces que les da su propia conciencia reclamando los derechos que tiene el alma á ser feliz eternamente, conforme habian de tomar el partido acertado de enmendarse, que era el único y verdadero remedio, toman el de leer cuantos libros les hablan á favor de sus pasiones, buscan compañeros que les persuadan esto mismo, llegando al extremo de pervertirse y atolondrarse con decir que no habrá Dios á quien dar cuenta de todas sus acciones, y despenándose en los disparates que se oyen decir á todos los de su clase.

Luisa. Menos malos son los que habiendo caído en algunos pecados, no añaden á sus culpas el negar unas verdades tan claras, ni se oponen á los principios tan ciertos de nuestra santa religion.

Maestra. Así es seguramente; porque por malos que sean, tienen aun abierta la puerta de su salvacion en el arrepentimiento, con el temor de Dios á sus eternos castigos; pero los otros infelices, del todo la cierran echándose por el atajo horroroso y seguro de su perdicion. Dios libre á vds. y nos libre á todos de pecar, como suele decirse, de narices arriba, porque entonces. . . .

Luisa. *Nulla redemptio;* ¡cómo si porque se

juntan muchos á decir que no habrá Dios, para librarse de sus temores, hubiera de ser así! Si no viéramos algunas cosas, no las podríamos creer. Si á uno le dijeran que habia ladrones en el camino, y para no entristecerse siguiera adelante sin averiguarlo ni quererlo creer, diciendo á todos que era mentira hasta caer en sus manos, ¡valiente bobería seria la suya!

Maestra. Eso mismo he leído sucedió á un caballero, que cayó en manos de salteadores. Estándose muriendo por la noche tan fria, y lleno de las heridas que le habian hecho, le dijo el criado: ¡ay señor! ya me temia yo esto, porque oí decir en el último pueblo que aquí habia mala gente; pero yo no quise decírselo á vd. porque no se entristeciera.

Pepita. ¡Cuánto mejor era habérselo dicho, que no que le hubiera sucedido una cosa tan mala! Mas quiero yo pensar en el infierno, que negarlo hasta hallarme allí metidita sin remedio alguno. Yo digo lo que enseñaba mi abuelita, que está ya en gloria: “los que no lo quieran creer, ellos darán con él.”

Directora. Luisita, vea vd. quién está á la puerta escuchando.

Luisa. Mi hermano Silvestre, señorita: entra, entra.

Silvestre. A los piés de vds. señoritas. ¿Si esto es visible?

Directora. Bien venido, caballero: ¿vd. parece es hermano de nuestra Luisita?

Silvestre. Sí, sí: todo el dia habla de esto: deseaba ver. . . .

Directora. En hora buena, nosotras tenemos en ello mucha satisfaccion, y mas siendo vd. hermano de Luisita, que es la mas aprovechada de la Amiga por su edad y capacidad. Ya la habrá vd. tanteado, y habrá visto á quanto llega su instruccion y excelente conducta.

Silvestre. ¡Oh, sí! mas aun falta finura, no tiene toda la ilustracion, poca elegancia, muy contrainda, mucha timidez en la operacion. . . . franqueza, franqueza, en todo finura.

Luisa. Torpeza, torpeza, en todo lujuria. Señorita, todo eso lo dice porque no hago cosas, que repugnan á las personas bien educadas, y no me presento tan indecente como él quisiera; con otras cosas. . . .

Maestra. Siendo así no debe vd. sentirlo; antes bien alabarlo, porque se contiene dentro de los

términos de la honradez, honestidad y cristiana conducta, sin traspasar la ley de la buena. . . .

Silvestre. ¡Oh! no andemos en traspasos; todo eso es trampantojos para no usar de la libertad; libertad, señora: el hombre es libre, libertad.

Maestra. Pero bien entendida, caballero, y no en términos que pare en libertinage; no se trata aquí de desprendernos de una propiedad en que nos distinguimos de los brutos, solo se trata de perfeccionarla, dando reglas á las niñas para que sepan usar de ella en términos que sea para felicidad y provecho, así suyo, como de la sociedad á que pertenecen y de que son miembros.

Silvestre. Todo esto es trabas para no usar de la libertad. El hombre puede hacer lo que quiera, sin las que vds. quieren poner.

Maestra. No negamos que el hombre es libre y puede hacer lo que quiera, obrando conforme á su voluntad; pero si obra lo bueno, obrará bien; y si obra lo malo, obrará mal: si obra bien, merecerá premio; y si obra mal, merecerá castigo.

Silvestre. Vd. déjese de bien y de mal, y todas las tonterías de castigos; el mayor bien del hombre es hacer lo que quiera.

Luisa. ¿Con que si te roban ladrones ó te ase-

sinan yendo por la calle, han obrado bien los ladrones y asesinos?

Silvestre. Tú no debieras hablar ahora, estando yo hablando con estas señoritas.

Luisa. ¿Pues no dices que todos somos iguales, y que cada uno es tanto como otro para todo, y hasta padre y madre cuando hablan? . . .

Silvestre. ¡Oh! estas señoras no son papá ni mamá: esto no es entender; libertad, libertad para vivir con placer: esto está dicho.

Maestra. Pero dígame vd., ¿será buena la borrachera porque el vino sea bueno? Porque la libertad sea una propiedad del hombre, ¿será bueno el abusar de ella? En este caso, de libres pasaremos á libertinos, y la libertad parará en libertinage: ¿pobres de nosotros si esto fuera así! ¿Dónde estará vd. mas seguro y gozará mas libertad, donde se prohíba el robo, el asesinato y cuanto es hacer mal á otro, ó donde todo lo malo se permita, se celebre y aplauda? De un cuchillo puede vd. servirse bien para partir pan y otros usos útiles; ¿pero le empleará vd. bien si con él se corta la cabeza por gusto y porque puede hacerlo? En el primer caso obrará vd. bien, y en el otro abusará vd. de la libertad que Dios le ha dado para merecer, obrando el bien y no el mal.

Silvestre. ¡Oh! Dejémonos de ladrones, asesinos y cuchilladas, señorita. ¿Esto á qué viene? Amor, amor, nada de egoismo, filantropía, filantropía.

Luisa. Algarabía, algarabía: mas valiera que trataras mejor á nosotras y á padres, que no. . . .

Maestra. Tiene vd. mucha razon en que el verdadero amor no lleva consigo el *egoismo*, y en este caso el único y verdadero es el que va fundado en la caridad cristiana, como que se dirige al bien del otro; pero por el contrario, si es un amor de moda ó una filantropía que se dirige al objeto por el interes y placer que resulta al que ama, faltando esto, faltó el amor: así es, que aquel se aumenta y este se disminuye cuando el objeto es mas digno de compasion por su pobreza, avanzada edad, achaques que le aquejan. . . .

Luisa. Señorita, habiendo algo de eso, se acabó en este toda la filantropía con que nos está mareando á todas horas: para que quiera á las personas, han de ser mocitas, bonitas, y como él dice, elegantitas y ricas; pero como sean feas, viejas, pobres ó enfermas, no las puede atravesar: acabándose lo *bonito*, se acabó lo *filantropito*. Para mí, y piense cada uno como quiera, ya que todos somos libres, repito, que egoista y filántropo son her-

manitos carnales, hijos legítimos de la madre *incredulidad*, cuyo apelativo es libertinage.

Silvestre. ¡Oh! ¡Tú no distingues de colores! En ese caso no ser un objeto tan agraciado y digno de cariño como otro.

Directora. Pues en ese caso no se busca el bien del otro sino el propio; y este es el verdadero egoísmo: Dios me libre de ser querida de este modo; renuncio de tales amantes. Pero vamos, caballero, vd. tendrá gusto de ver los adelantos y habilidades de estas niñas, ya que ha dado la ocasión de venir á nuestra Amiga.

Silvestre. Sí, sí: vamos un ratito de tocar y cantar al piano, que estarán ya primorosas las mas grandecitas: placer, placer.

Luisa. Aquí no se enseñan esas cosas. Esta no es Amiga donde se educan tus amigas; las niñas honradas y cristianas son las que la frecuentan: vaya, que siempre estás con cantar al piano; mas valiera que rezaras alguna vez á lo cristiano y te dejaras. . . .

Directora. Este establecimiento es en todo consiguiente á la clase de niñas que á él asisten; son de la menesterosa, y se reduce á formarlas muy cristianas y diestras en las labores de sus casas, que ciertamente están bien lejos de todo lo

que toca á lujo: vd. podrá oirlas leer, ver las planas que forman, y toda clase de labores.

Silvestre. ¿Las planas estarán arregladas á muestra francesa é inglesa?

Directora. No señor: tenemos orden para que no se presenten muestras de extranjeros hasta que se encuentre alguno que iguale á los Palomares y Torios. Vd. podrá ver, si gusta, la perfección con que escriben á lo español, y confesará de buena fe que no hay mas que desear.

Silvestre. ¡Oh! sí; pero esto para otro día: hoy estoy de palabra á partida de naípe; no me permite el tiempo. Avíate, Luisa, que vamos á casa; señoritas, mandar, mandar; abur, abur: todo soy, todo soy. . . .

Luisa. Tonto soy, tonto soy. . . . Vamos, ya estoy aviada. Señoritas, no le gustan planas ni leyenda, mucho menos siendo á lo español; todo ha de ser cantar, bailar y andar de seca en meca.

Silvestre. A los piés, á los piés. . . .

Luisa. Queden vds. con Dios.

Maestra. ¿Ha visto vd. que poca sustancia manifiesta en todo su discurrir? ¡Vaya que no lo creyera si no lo hubiera visto!

Directora. Lo peor es que le acompañan muchísimos.

Maestra. ¡Qué vergüenza! ¡Cómo le dejaba parado la Luisita, sin tener cosa que responderla mas que echándose fuera de las razones con que le atacaba! Ahí va á parar toda la filosofía de tantos pisaverdes. Una niña con el catecismo en la mano basta para confundirlos.

Directora. Nunca se pueden defender con razones los disparates; los que así piensan, tienen que valerse de la sátira, la burla y el sarcasmo, para no quedar sin habla en los discursos.

Inocencia. Señorita, ¡si viera vd. lo que dijo la negrita cuando estaba vd. hablando con el hermano de Luisa!

Maestra. ¿Qué dijo?

Inocencia. Empezó como á llorar, y decia que ella no quería ser francesa.

Maestra. Algo la harían vds.

Clarita. Señorita, sabe vd. por qué fué; porque la dijo Severa que si queria ella tener tambien franqueza, y la pareció que decia que si ella queria ser tambien francesa.

Maestra. Siempre habia de ser alguna cosa de la Severa.

Severa. Yo diré á vd. por qué fué, señorita: porque cuando estaba diciendo el hermano de Luisa aquellas cosas de franqueza, franqueza, se me

acordó lo que me sucedió un dia junto á mi casa en la calle de la Palma. Iba yo por mi camino adelante, y se pusieron junto á mí dos señoritos, sin dejarme pasar, haciendo muchas monadas y diciendo: franqueza, franqueza, á la francesa, á la francesa. Entonces di yo una voz; salió mi hermano de la zapatería con el tirapié en la mano, y lo mismo fué verle, que echaron á correr por la calle adelante como una exhalacion, y no pudo alcanzarlos.

Niñas. ¡Cómo correrian, señorita; y qué bien que les estuvo!

Severa. Pues como los hubiera alcanzado, y les hubiera arrimado un buen latigazo, diga vd. que no necesitaban otra lotería por mucho tiempo.

Directora. Silencio, niñas, silencio; ¿qué algazara es esa?

Clarita. Porque la Engracia dice, que cisquados de miedo correrian á tomar lugar sagrado en la iglesia de la Profesa.

Maestra. Esas son mas bien tonterías que agudezas. En todo deben vds. distinguirse de las niñas mal educadas. En hora buena que alguna vez se use del gracejo; pero siempre ha de ser cuando venga al caso, con mucha finura y discrecion, y observando las dos condiciones que ha de lle-